

## •ARCHIPIELAGO LITERARIO

## LA PINTURA DE CANARIAS EN MADRID

## Tres comentarios críticos sobre las últimas creaciones de Luis Palmero

A.L.

La exposición de Luis Palmero en la Galería Elba Benítez de Madrid, en junio pasado, continúa mostrando la trayectoria silenciosa y ejemplar de este pintor en el espacio de la pintura española. Sin las prisas habituales en el mundo pictórico, su obra va adquiriendo progresivamente presencia en las colecciones más destacadas del país. En Arco, era el Centro de Arte Reina Sofía quien se hacía con obras del pintor canario; ahora la Colección de Coca Cola, que cuenta con los más apreciados pintores de las últimas décadas en España, adquiere nuevas obras. Recientemente era el único pintor insular que participaba en los encuentros organizados con motivo de la exposición de Argenteria en Tenerife, con una intervención breve donde vertía agudas críticas al panorama institucional canario, al tiempo que defendía la inexcusable presencia de pintores como José Herrera o Gonzalo González, por citar sólo dos de los ejemplos que citó, en cualquier colección de arte último en España.

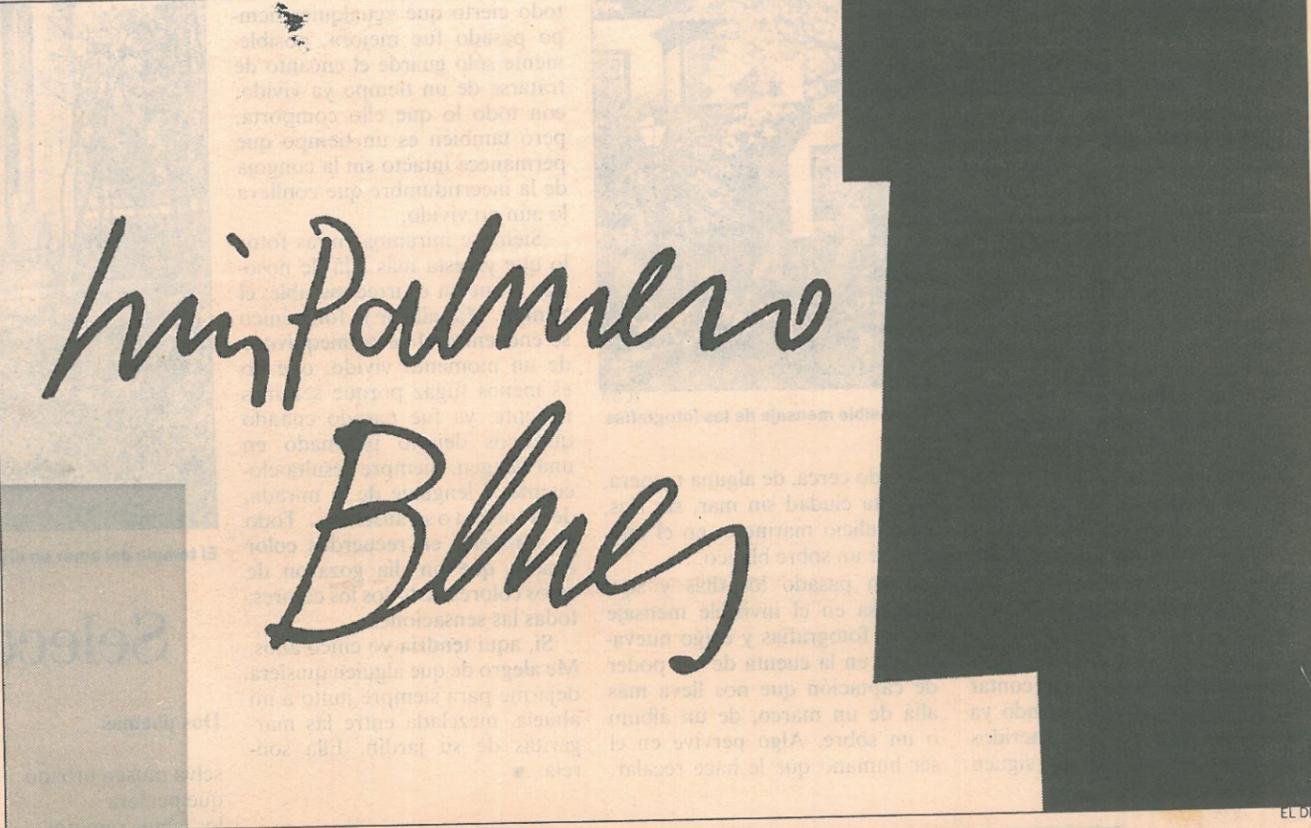
Archipiélago Literario quiere dedicar hoy una de sus páginas a nuestro colaborador y apreciado pintor, recogiendo varios artículos que dieron cuenta de su más reciente exposición.

## Luis Palmero, alma de blues

Una plácida calma horizontal preside el desarrollo de la obra pictórica de Luis Palmero (La Laguna, Tenerife, 1957); un artista del que no puede afirmarse que alcance ahora la madurez plástica, sino únicamente la cronológica, pues su trabajo ha tenido, al menos desde 1983 —cuando su exposición individual en la Sala de Arte y Cultura de La Laguna, «Iridio o un pasillo de sol oriental»— y sin duda desde su presentación en Madrid, en esta misma galería, en 1991, perfectamente asentados e integrados sus distintos componentes.

En la extraterritorialidad de las islas, Palmero se incluye en un pequeño y valioso grupo de artistas y poetas canarios que, en el caso de los primeros partiendo de las premisas de la pintura-pintura de los años 70, les condujo —Juan José Gil, Medina Mesa, José Herrera y él mismo— a posturas más flexibles y menos dogmáticas en las que los componentes literarios y poéticos de una reflexión interna no podían ser excluidos de la estructura formal.

Luis Palmero ha acrecentado y perfeccionado hasta el extremo su parentesco con sus orígenes, con su lugar y con su manera de hacer visibles y sensibles sus pensamientos. De este modo, bien podríamos decir que no hay nada nuevo en esta comparecencia —en la que muestra tres obras de 1995 y otras nueve de este mismo año—, para añadir inmediatamente que esa ausencia de novedad no es sólo que esté en su caso plenamente justificada, sino que es principio vertebral y principal valor de un convencimiento que hace de la persistencia de un modo de la mirada fórmula abierta con la que recoger y reunir con cadencia ciertos fragmentos del mundo. Se repite así la preferencia por el pequeño formato —las piezas menores no sobrepasan los 35x38 centímetros y las mayores miden 68x70 centímetros—, que no impide, sin embargo, que la escala interna haga monumental lo íntimo y privado; la elección de idénticos motivos a los que conocíamos —la arquitectura popular contra el horizonte marino, las ventanas, las pitas y los barcos—; y su tratamiento geométrico, que mantiene con tenacidad la pureza del dibujo, en unas gamas de color que, como se ha dicho, son, «tan suyos»: azul ultramar o azul cielo, amarillos, rojos, tierras y negros o azul noche, en ocasiones



Anuncio de la exposición de la obra más reciente de L. Palmero

superpuestos; como amalgamados o algo revueltos unos con otros.

Incluso las resoluciones son las mismas o muy parecidas y traslucen esa misma carga poética con la que su pintura nos conmovía y nos conmueve, y que el poeta Andrés Sánchez Robayna ha definido como la sobrenaturalidad que busca y revela las «señales» de la trascendencia.

Me atrevo a afirmar que, si acaso, percibo en estas sus pinturas más recientes una mayor clarificación —humilde y silenciosa— de los signos y, también, como una queda armonía, como un cierto regusto musical —a lo mejor por eso el título de «Blues»—, audible en las obras una a una y en el conjunto del montaje —unido sin titubeos a la ya reconocida impronta de Blinky Palermo—. No hubo y no hay, desde luego, nada más ajeno a esta pintura que el silencio de la abstracción minimalista.

Resumiéndolo en palabras del propio Luis Palmero, su hacer es: «Saberse tranquilo en la pintura (...), creando cuadros como un perfecto desconocido».

Mariano Navarro

## Paisajes elementales y poesía del color

Ante todo pintura, la obra de Luis Palmero (La Laguna, Tenerife, 1957) trata la realidad desde una óptica elemental, proceso que produce unas limpias composiciones en las que la armonía del color y el silencio de la poética son las mejores cualidades.

La idea de paisaje está siempre presente en sus cuadros, pero en lugar de ceñirse a descripciones y a minucias, Palmero prefiere ir derecho al grano de la cuestión y muestra la espina dorsal de la estructura en formas y en colores, verdaderos hilos conductores de todo su trabajo en el planteamiento físico, y de la sugerencia y la advertencia en el terreno emocional.

Pintura de sensaciones en la que se presencia y se anuncia alternativamente la realidad a través de una serie de motivos que Palmero frecuenta: el caserío y el mar, el sentido popular del color utilizado en Canarias para revestir los edificios, desde el blanco purísimo a los tonos más sofisticados, un peculiar enfoque de la archi-

tectura que evoca lo metafísico e incide en lo constructivista, una personalidad escueta —en parte nacida en el minimal pero que ha sabido renunciar de los aspectos concretos para estar de vuelta de lo novedoso—, y, creo que esto es fundamental, un sentimiento profundo de la pintura como oficio y como ejercicio. Para muchos será una obra de influencia geométrica, para otros un trabajo nacido de la razón; yo prefiero relacionarlo con una realidad que sacude sus accidentes, y que se muestra temblorosa desde su rotunda elementalidad.

Es, por otra parte, una pintura cuajada de normativas en forma de claves y signos de doble lectura, —la del orden formalista y la de la emoción sugerente—: huecos de puertas y ventanas rigurosamente ordenados, cornisas, remates y planos de pared que comparten la superficie, la breve silueta de un árbol y la línea del horizonte, siempre presentida, a veces presente, como sucede cuando se está próximo al mar, alguna barca solitaria y el cielo. Son los signos de un espacio real que se utilizan para trazar las coordenadas de otro espacio virtual, el del cuadro, y crear en él una atmósfera adecuada a un talante del que cabe decir que es indiscutiblemente poético y, al mismo tiempo, contrastadamente riguroso; espacios compartidos entre los volúmenes y los vacíos en perfecto diálogo.

Atmósfera preñada de luces y de color, también de sombras luminosas y de suaves contrastes cromáticos, que sabe lo que es precisión en el dibujo o en el recorte de la figura y que expresa un gran amor por la pintura, por una puesta de la materia precisa y que aún deja lugar para el gesto y la controlada acción.

J.R. Dánvila

Metrópoli (Suplemento del Mundo)

## Luz, color y forma en Luis Palmero

Tan fáciles y a la vez tan complejos conceptos hacen de la pintura de Luis Palmero (La Laguna, Tenerife, 1957) un exquisito y personal discurso que está fuera de otra tendencia y estilo que no sea el de la propia pintura, como eje, camino,

meta y objetivo. Silenciosa y poética, armónica y rigurosa, limpia y elemental, es una pintura que nace del conocimiento de la realidad, que sabe cómo estructurar un cuadro y que se permite andar por el filo de la belleza sin caer en tópicos ni en situaciones peyorativas.

A Palmero le interesan las ideas reales, pero no en cuanto su física sino en cuanto la sensación que transmiten; a partir de ellas construye formas primarias y geométricas que sugieren paisajes que nos mueven a pensar qué hay tras esos cromáticos muros, cómo se adivina el mar, elemento constante en su obra, y qué importancia tiene el horizonte, aunque no sea constante y cómo la luz, apenas sin sombras o apoyándose en sombras también luminosas, uniforme y tamiza, modela y crea ilusiones. Son presencias constatadas y sensaciones presentidas a un tiempo, la naturaleza hecha esencia y la forma llevada a lo elemental.

Palmero hace metafísica de los paisajes urbanos, pero en lugar de empapar sus obras de mágicas luces, prefiere las del pleno día, atlántica visión que permite a cada forma flotar en un aire límpido y cristalino. Y pinta esas luces a base de colores que nos hacen meditar sobre la verdad de las cosas y que reflejan un estado en el que éstas se permiten pasar de la conciencia al instinto y ofrecer esa alterna entre la narración y lo abstracto que le caracteriza, un camino que se puntualiza entre la pintura y el dibujo mediante una paradoja ya que, cuanto más definida es la figura más abstracto es el resultado. Y sumerge a las arquitecturas en el luminoso vacío, y las deja flotar sin precisar ningún punto de anclaje para mostrar cómo los recuerdos actúan en las decisiones sin que apenas se note la influencia.

Cada uno de sus cuadros es fruto del amor a la pintura, de un extraordinario cuidado en su sensible ejercicio; gesto y medida como componentes de una acción controlada más allá de las descripciones, precisión y contención como eje de un proceso que da como resultado pureza y discreción en lo narrativo y suntuosidad en la aplicación de los medios; emoción y sugerencia como prueba de un espíritu que hace la realidad trascendente. ■

(Galería Elba Benítez. San Lorenzo, 11. Hasta mitad de julio)